

Ronja von Rönne

Ya vamos

Traducción de Eduardo Gil Bera

Alianza editorial

Para Brita

One of us cannot be wrong.
Leonard Cohen

Maja no está muerta. Si Maja se hubiera muerto, antes se habría despedido de mí. Son cosas que hemos acordado toda la vida.

Su nombre tiene una traza ridícula, con esa orla tan negra, ahí plantado en la carta delante de mí, y haciendo como si el día 20 fuera su entierro, y como si ese domingo toda la parentela se agolpara realmente en el cementerio del pueblo a depositar coronas, arrojar tierra a una fosa y decir algo bonito de Maja. Bobadas. A la mayoría no se le ocurriría nada positivo de Maja, excepto quizá sus pechos fantásticos. A lo sumo, estarían agradablemente sorprendidos porque ahora yace en un cajón bajo tierra, y por fin se porta como corresponde a los habitantes de nuestra comunidad. Entre nosotros morir se forma parte de una cortés convivencia, lo mismo que el césped escrupulosamente cortado. Porque a ver dónde vamos a parar, si cada cual vive lo que le apetece, y la hierba crece hasta la parcela del vecino.

Casi todos los habitantes del pueblo se toman tan en serio el deber de acabar muriendo que estiran la pata por dentro cuando aún están vivos, para andar seguros. Por-

que en mi pueblo todo gira en torno a la seguridad: la seguridad, la fiesta de los bomberos voluntarios y las discusiones sobre los desperfectos que causan las martas en los vehículos. Son las cosas que tenemos en el pueblo.

Lo que nunca hubo en el pueblo es un entierro donde todos parezcan aliviados, porque eso tampoco está bien. Así que un entierro de Maja sería absolutamente imposible, y esa es solo una de las muchas razones por las que Maja no está desde luego tan muerta como pone en ese papelucho. Quizá es que solo se ha vuelto a morir su viejo «yo», cosa que ya ha pasado tres o cuatro veces, una cuando fue budista, y luego otra cuando volvió a ser atea, o comunista, o feminista. Jamás importó gran cosa, las nuevas Majas solían ser bastante parecidas a la antigua, seguía su risa estentórea y todo lo demás sin excepción.

En el sobre, como remitente, está la madre de Maja, que nunca acabó de enterarse de que Maja estuviera viva. Así que me extrañaría que hubiera notado su muerte.

Escribo esto por recomendación de mi terapeuta. Hace dos semanas que se fue de vacaciones. Y es que mi terapeuta tiene la vida perfecta. Yo no tengo la vida perfecta. Fotos de una familia feliz decoran las paredes de su consulta. La familia en la playa. La familia de barbacoa. La familia en el zoo. La familia sonriendo. Quizá mi terapeuta está más chiflado que sus pacientes y recorta sus fotos de familia de catálogos de Otto. Se oyen cosas así, y acaban por ser las menos desagradables.

Ando con terapeutas por la misma razón que todos andan con terapeutas: primero, todo estaba bien; luego, dos o

tres cosas ya no estaban bien, y de repente me despertó de noche un pánico que no tiene nada que ver con el conocido miedo a los exámenes, un pánico que me provoca la sensación de que voy a ahogarme, solo que el ahogo no ocurre nunca. Pero el miedo a que suceda dura horas, hasta que por fin una quiere colaborar con una bolsa de plástico.

Hoy era mi segunda sesión, así que no puedo decir gran cosa sobre el éxito de la terapia, pero dos horas seguramente no bastan para poner todo de nuevo en su sitio.

Leonie me recomendó el terapeuta que tiene la consulta en el piso encima de su centro de nutrición. Cuando la semana pasada hablé de la primera sesión, Jonas dijo que yo estaba rara últimamente, y Karl deslizó a continuación que tendría que tomarme unas semanas de vacaciones. En cambio, cuando Leonie habla de su terapia, ellos reaccionan siempre con inquietud.

Poco antes de terminar la sesión, mientras recogía sus cosas, el terapeuta me preguntó a toda velocidad si tenía pensamientos suicidas: «¿Tiesamientosuicidas?». Contesté que no, después de todo, en caso contrario, ya podía ahorrarme la terapia. Él quedó conforme, y luego dijo que debía concentrarme en los detalles cuando escribiera, que él repasaría todo aquello conmigo a su regreso, y tal vez así nos remontásemos al origen de mis ataques de pánico. Me causa inseguridad que mi terapeuta considere unas hojas en blanco un sustituto adecuado de su trabajo. También me pareció poco convincente cuando se levantó, metió la mano en la estantería que tiene detrás de su asiento, me alargó una agenda amarilla y azul, puso delante una cerilla y me dijo con una sonrisa: «*See, it's a match!*». Me resultan

lamentables los juegos de palabras en inglés. Y me resultan todavía más lamentables los terapeutas que hacen juegos de palabras en inglés. He asentido. Eso sé hacerlo bien.

O sea, que debía escribir. Por lo visto es lo que se aprende después de tantos años estudiando psicología: anote usted los días y ya está. No es que mejoren, pero al menos quedan documentados. Creo que mi terapeuta no ha tenido en cuenta que hay relativamente poco que contar. Porque en realidad solo corresponde anotar los días en que, de tantas cosas vividas, no se tiene tiempo de anotar nada. Sin embargo, ahora escribo precisamente porque mi terapeuta tiene muchas veces razón. Tiene razón cuando dice: «Hasta la semana que viene», y la tiene cuando me aconseja «meditar sobre ello con calma», y la tiene cuando dice: «Necesitaría su cartilla del seguro».

Volviendo a casa, llamé a mi agente, y le dije que iba a tomarme tres semanas de vacaciones, y mi agente me gritó que era imposible, y yo le grité que no tenía que gritarme así siempre, y ella gritó tres semanas y ni un día más, entonces aplazaba lo de «las supercompradoras». Eso dijo exactamente, y ahora al anotarlo me asombro de entender semejantes frases.

Desde entonces, mi teléfono guarda silencio. Estoy sentada en mi casa. Cuando miro afuera, está la ciudad. Es justo la hora. El cielo está sucio de bandadas de pájaros.

En mi cuarto hay un baúl viejo de madera, una cama, un escritorio y un perchero. El escenario es tan poco espectacular que podría tomarse por un balbuceo de película independiente. En esa película habría muchos enfoques larguísimos, y los críticos susurrarían en el estreno todo el

rato de puro aburrimiento: «muy auténtico», «en verdad, muy auténtico», y harían frufú con la bolsa de palomitas.

Hasta ahora no encuentro muy allá mis vacaciones. No me gustaría pasarme los próximos días cuestionando cosas, y eso ocurre muy fácilmente cuando de repente se tiene tiempo. Mi cuarto está muy ordenado. He tirado al suelo la taza de los lápices a modo de prueba, para ver si tengo ganas de ordenar. No tengo.

Todavía no sé qué haré esta noche. Quizá marque algo con «me gusta».

Es por la mañana temprano. Los ataques de pánico sobrevienen desde hace dos semanas, generalmente de noche, acompañados de dificultades para respirar y palpitaciones. Después estoy desvelada durante horas, hasta que el pánico se despide de nuevo, nadie sabe hasta cuándo. No me pierdo gran cosa, las tiendas han cerrado, y Jonas y Karl tienen sus móviles en modo avión.

Hace media hora me he despertado y sentado erguida en la cama. Y entonces he pensado «voy a morir», y no quería morir, y quería morir, hasta que he leído en internet que eso es normal, y que no tendría más que «dejar pasar» el pánico.

El ataque ha sido agotador, pero dormir es impensable. Así que he despachado todas esas cosas a las que no llego cuando la vida parece estar en su sitio. He clavado los ojos en la pared y pensado en multas sin pagar. Me he figurado la muerte y he conversado imaginariamente con personas que detesto. Me he pintado el futuro bastante negro, que al menos adelgaza. Me he imaginado que Jonas y Karl me dejan. Y me quedo sola. Mañana temprano sabré, como muy tarde, qué decisiones equivocadas en mi vida han

hecho de mí lo que no soy, aún sigo sin ser y, si puedo dar crédito a mi pánico, jamás seré.

Todo está muy tranquilo. Se filtra a través de las cortinas la luz turbia de las farolas de la calle. Circulan sombras de coches a lo largo de la pared. Me pregunto dónde está Jonas, y si hoy duerme en casa de Karl y Leonie. Ninguno de los tres se ha hecho sentir en todo el día.

Desde hace dos semanas, todo va así. Desde hace dos semanas, todo lo que estaba bien empieza a bascular hacia menos bien. Los otros dicen que me conduzco de manera extraña, y entonces contesto que lo siento, que no sé en qué consiste eso, y que yo tendría que ser feliz. Somos cuatro, de modo que solo tenemos que volvernos hacia el otro lado para no estar solos, y así es igual hacia qué lado nos volvamos, porque en todas partes hay alguien. Cuando uno está mosqueado, siempre hay dos que no lo están; cuando uno quiere dormir, seguro que hay dos que quieren seguir, y cuando no se tiene ninguna gana de cocinar, seguro que los otros tres tampoco; entonces se pide una *pizza*. Una relación clásica, solo que repartida en cuatro columnas para que no se venga todo abajo en cuanto una flaquea.

Echo de menos a Jonas. Echo de menos a Karl. Tengo celos de Leonie. Estoy celosa de cualquier materia con un artículo femenino. La mermelada. La puerta. Todo zorras. Mi madre dice que lo que se ama hay que dejarlo ir. Así que he suspendido el contacto con ella.

Ahora hace un año que estuve invitada a comer con Leonie y Karl, en la casa donde antes viví con él. Había curri tailandés, Karl y Leonie estaban muy enamorados, se

oía por el Babyfon el suave ronquido de la hija de Leonie, y Karl intentaba mostrarme que yo pintaba algo en todo aquello, aunque nadie sabía a ciencia cierta qué podría ser. No nos dirigimos la palabra hasta que Karl propuso que yo podría ser, por ejemplo, la tercera rueda en el triciclo. Leonie replicó que era una idea estúpida, porque los triciclos son algo para niños y ancianos, y que ella invitaría por las buenas a un viejo amigo y entonces podíamos pasar una bonita velada los cuatro.

Karl y Leonie se acababan de acostumbrar al tic de completarse entre sí. Karl decía, por ejemplo, «¿Quién quiere curri...?», y Leonie completaba «¡tailandés!». Y luego se miraban sonriendo como si compartieran un secreto, un lenguaje particular en el que ambos reconocían que en la mesa había maldito curri tailandés. Miré rabiosa a la cazuela, y comí curri hasta que no hubo absolutamente nada sobrante con que pudieran hacer estúpidos jueguecitos de palabras. En la comida hablé poco, Leonie me dijo que yo debía dejar partir al amor que no me quita nada, y que no es posible considerar el amor como posesión. Que el amor es lo mismo que un pájaro que muere cuando lo encierran. Y en eso acariciaba la mano de Karl. Yo miraba la mesa de comedor que tantas veces fue mía, los platos de los que comí cientos de veces, al novio, que una vez fue mi novio, y me preguntaba si Leonie tendría en su casa anterior tatuajes inspiradores en las paredes. Karl se fijó en mi mirada y me sonrió alentador.

En la sobremesa («¿*Mousse*...?», «¡chocolate!») llamaron a la puerta. Karl me hizo seña con la cabeza de que debía abrir sin chistar; en cierto modo, seguía siendo mi

casa. Hice a un lado el abrigo de Leonie en la puerta para llegar al pestillo. Ante la puerta estaba un hombre. El hombre tenía el pelo castaño mojado de lluvia, una mirada tímida, y era algo más alto que Karl. Grité a la cocina que me había enamorado, que no tenían que preocuparse más. Karl replicó que se alegraba, y Leonie que era estupendo, que le gustaban las veladas de parejitas, y el hombre de la puerta no protestó, sino que dijo que se llamaba Jonas. Yo no tenía nada que alegar, o sea, que le quité el abrigo, y Jonas entró en mi antigua casa y mi vida actual, primero indeciso y, después, siempre indeciso.

Al principio, Jonas no estaba tan convencido de nuestra idea de ser cuatro. Durante unos días, yo le fui perfectamente suficiente. Pero, en una cena pocas semanas después, cambió su opinión de repente. Cuando llevaba los platos a la cocina, vi a Leonie sentada en el borde de la repisa de los cajones y cómo Jonas, en pie ante ella, le acariciaba la mejilla. Dejé la cocina a toda prisa, un tenedor cayó al suelo y no lo levanté, y más tarde llegamos los cuatro al acuerdo de que dentro de nuestro grupo no debía haber ningún límite, o sea, que estaría permitida cualquier constelación emocional y sexual entre nosotros.

Al principio se puede llegar a cualquier acuerdo, e incluso se cree estar desinhibidos juntos, al menos hasta que uno de los dos está demasiado desinhibido y el otro solo un tanto agitado por el miedo a la pérdida. O sobreviene una resignación que pregunta cansada si será eso, si el enamoramiento podría cambiar para pasar a llamarse amor, ese amor verdadero y aburrido. Justo en eso me encuentro yo con Jonas, y quizá estoy ahí sola, tal vez soy la

única que querría cambiar miradas que no indican ya enamoramiento, sino apego, un apego en el que es igual si los demás te tienen por una boba porque compartes hasta los nombres de las cosas.

¿Curri?

¡Tailandés!

Yo quiero la clase de amor que sigue y jadea cuando se le arroja un nuevo trozo, quizá un embarazo o una casa juntos, para que el remolino siga hasta lo inevitable. Porque, de otro modo, uno se detiene, mira confuso en derredor, se cansa y en algún momento se encoge de hombros antes que el otro, y ya está, así pasó ya en una de las cuatro relaciones que el alemán tiene de promedio en su vida.

En la relación entre Jonas y yo se ha deslizado algo que me fatiga, porque lo conozco, y que me frustra, porque no lo esperaba tan pronto. Ha pasado un año desde que nos conocimos. Los primeros meses, y esto también me fatiga porque es un modelo conocido, soy aplicada como una alumna de primaria, pongo toda mi energía en ser encantadora y fantástica, me fijo en todo lo que el otro dice, busco en Google «la perfecta mamada», y leo todos los libros que él ha dejado en su mesilla. Los meses siguientes, intento mantener esa ilusión porque, de otra manera, solo queda realidad, cosa que también puedo conseguir realmente sola. A Jonas le pasa algo parecido, hemos hablado de eso, siempre hemos hablado mucho de esas cosas, porque de otro modo muy probablemente ya no tendríamos de qué hablar, y al final vamos siempre a parar a la misma conclusión: está bien que lo hagamos diferente, que sea-

mos cuatro, que nunca pertenezcamos del todo al otro, pero que estemos obligados entre nosotros.

Aún está oscuro, no amanece, y junto a mí hay un vaso de agua vacío. Hay que vaciarlo de un trago, ayuda contra el pánico. Lo pone en internet, y funciona tanto si acaba de morir la madre como si toca examen final, siempre hay alguien que sujeta un vaso de agua en la mano. Aquí tienes un vaso de algo que no sabe a nada. Enseguida te sentirás mejor. Muchas veces funciona. Los gestos ayudan.

Lo peor del mundo es mi ordenador averiado. Lo único que acaso sea peor es que un ordenador pueda ser el peor del mundo. No puedo cambiar que mi ordenador roto sea el peor del mundo. Es importante que mi ordenador averiado sea el peor del mundo porque, de otra manera, habría otra cosa, algo que no se pudiera llevar a arreglar a esas tiendas turcas con publicidad móvil agresiva.

De camino a la farmacia tuve que cruzar una calle. En el semáforo, una mujer discutía con un hombre.

La mujer decía: «No quiero ir».

El hombre decía: «Tú vienes».

Yo iría a gusto, pero a mí no me preguntó el hombre, y el secuestro quedó en nada.

Más tarde sonó mi teléfono. Karl quería encontrarse conmigo, porque no era feliz. Yo no quería encontrarme con él, porque yo no era feliz. Entretanto, estaba en un café. Pedí un café, porque lo que toca en los cafés es pedir cafés, y el camarero asintió amablemente. Ahora es verano y así va a ser hasta el otoño, dicen.

He escrito a Maja y le he preguntado qué significa la carta; hasta ahora no me ha contestado.